

# Cuatro anfisbenas<sup>1</sup>

## *Four amphisbenes*

**Manuel Liz**

Universidad de la Laguna (Tenerife)

<manuliz@ull.es>

La *Farsalia* enumera las verdaderas o imaginarias serpientes que los soldados de Catón afrontaron en los desiertos de África; ahí están la Parca “que enhiesta como báculo camina” y el Yáculo, que viene por el aire como una flecha, y “la pesada Anfisbena, que lleva dos cabezas”. Casi con iguales palabras la describe Plinio, que agrega: “como si una no le bastara para descargar su veneno”. El *Tesoro* de Brunetto Latini –la enciclopedia que éste recomendó a su antiguo discípulo en el séptimo círculo del Infierno– es menos sentencioso y más claro: “La Anfisbena es serpiente con dos cabezas, la una en su lugar y la otra en la cola; y con las dos puede morder, y corre con ligereza, y sus ojos brillan como candelas”.

J. L. Borges, La Anfisbena (*El libro de los seres imaginarios*)

### **Resumen**

Definimos la noción de “anfisbena conceptual” como un tipo muy especial de contraste filosófico en el que cada término de la distinción sugiere un término opuesto que no coincide con lo que acabamos encontrando al otro lado. En base a tal noción, analizamos cuatro distinciones estrechamente vinculadas a la tecnología: 1) auténticas realidades/meras simulaciones, 2) existencia real/existencia virtual, 3) natural/artificial y 4) valor intrínseco/valor instrumental. Uno

### **Abstract**

*We define the notion of “conceptual amphisbene” as a very special kind of philosophical contrast in which each term of the distinction suggests an opposed term that does not coincides with what we can find on the other side. We use that notion to analyze four distinctions closely connected to technology: 1) genuine realities/mere simulations, 2) real existence/virtual existence, 3) natural/artificial and 4) intrinsic value/instrumental value. One of*

1. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación HUM2005-03848 (Ministerio de Educación y Ciencia, España).

de los resultados más destacables de nuestro análisis es una distinción precisa entre lo simulado, lo virtual y lo artificial.

**Palabras clave:** tecnología, simulación, realidad virtual, artificial, valor instrumental.

Las anfisbenas son serpientes con dos cabezas. Pero no con dos cabezas y una cola, sino con una cabeza en el extremo opuesto de la otra. En otras palabras, las anfisbenas son serpientes sin cola. Al ver una de las cabezas de una anfisbena, nos imaginamos que al otro extremo hay una cola. Pero no hay tal cola. En el otro extremo vuelve a haber otra cabeza. Una cabeza que de nuevo nos sugiere una cola inexistente. Así son las anfisbenas.

Existen las anfisbenas conceptuales. Las anfisbenas conceptuales están hechas de ideas. Y con ellas ocurre lo mismo. Fijamos nuestra atención en una de sus cabezas y nos imaginamos al otro extremo ciertas cosas. Pero el otro extremo no es como lo imaginamos. En el otro extremo hay otra cabeza. Otra cabeza que vuelve a engañarnos.

La figura de las anfisbenas es sumamente interesante y sugerente. Las anfisbenas conceptuales no serían sólo dicotomías molestas (distinciones absolutas y tajantes en las que se intenta hacer encajar cualquier realidad de manera exclusiva), ni antinomias insalvables (dilemas sobre cuestiones básicas o fundamentales, con razones tanto a favor de ciertas tesis como de las tesis contrarias), ni paradojas intratables (contradicciones que de alguna forma haya que resolver o disolver), ni polos de ninguna tensión dialéctica a superar (por alguna clase de síntesis o perspectiva superior). Las anfisbenas conceptuales no son ni más ni menos que anfisbenas. Se trata de una nueva categoría filosófica. Y tiene una aplicación muy especial en relación a muchos conceptos filosóficos relacionados con la tecnología.

*the main conclusions of our analysis will be a precise distinction among simulation, virtual reality and the artificial.*

**Key words:** *technology, simulation, virtual reality, artificial, instrumental value.*

Sin duda, hay muchas anfisbenas poblando nuestro pensamiento. Como ya hemos dicho, las anfisbenas conceptuales están hechas de ideas. Pero se visten de palabras. La piel de las anfisbenas conceptuales son nuestras palabras. Y esto hace que algunas de nuestras prácticas discursivas sean un campo abonado para el desarrollo de las anfisbenas conceptuales. Esto es justamente lo que ocurre en la actualidad con los discursos ligados a la tecnología.

Hay sobre todo cuatro distinciones estrechamente vinculadas a la tecnología que modulan de manera muy especial nuestro trato con la realidad, incluso nuestra misma autoconcepción. Son distinciones que abren ciertas puertas y cierran otras. Y creo que las cuatro tienen la estructura de las anfisbenas conceptuales. Las distinciones sobre las que quiero fijar nuestra atención son las que se establecerían entre las realidades auténticas y las meras simulaciones, entre la existencia real y la existencia simplemente virtual, entre lo natural y lo artificial y, por último, entre el valor intrínseco y el valor instrumental. Todos estos contrastes son moneda corriente en los discursos actuales sobre la tecnología. Las palabras con las que expresamos esos contrastes “están de moda”. Y al establecer ciertos extremos, a modo de un marco, nos sugieren ciertas formas de ver el mundo y de actuar en él. Y nos sugieren, también, ciertos espejos donde mirarnos a nosotros mismos.

En las páginas que siguen, aclararé el sentido en el que las anteriores distinciones serían justamente anfisbenas conceptuales. Uno de mis resultados más destacables será justamente una distinción entre lo simulado, lo virtual

y lo artificial. Otro será la conexión de esas distinciones entre auténticas realidades y simulaciones, entre lo existente y lo virtual, y entre lo natural y lo artificial, con otras viejas distinciones filosóficas tan clásicas como las que podemos encontrar entre realidad y apariencia, entre lo actual y lo posible, o entre las cosas que hacemos y las cosas que simplemente pasan. Analizaremos en detalle algunos aspectos puntuales de esas conexiones, y también desarrollaremos algunos nuevos planteamientos relativos al valor, meramente instrumental o intrínseco, que podría ofrecernos todo ese mundo de lo simulado, lo virtual y lo artificial.

## 1. Cuatro anfisbenas conceptuales enroscadas en la tecnología

Las anfisbenas conceptuales son distinciones en las que cada término de la distinción sugiere un opuesto que no coincide para nada con lo que acabamos encontrando al otro lado. Las cabezas de una anfisbena conceptual son extremos imaginarios. Cada cabeza nos sugiere una cola, un opuesto, que no existe. Y pensar que existe esa cola, ese opuesto, nos lleva al error. Nos confunde y nos desorienta.

Las anfisbenas son peligrosas. Las conceptuales también. Sobre todo, cuando su piel es cambiante. Una anfisbena de piel cambiante es mucho más imprevisible que una anfisbena que no cambie de piel. Y el peligro se multiplica cuando no nos enfrentamos a una única anfisbena aislada, sino a muchas a la vez. Todo esto ocurre justamente con la tecnología. Los discursos ligados a la tecnología son un peligroso nido de anfisbenas conceptuales.

Hay dos razones para ello. La primera es, simplemente, que la tecnología nos fascina. La tecnología moviliza nuestras actitudes y emociones como ninguna otra instancia cultural lo hace. Lo que en otro tiempo conseguían la magia, la religión o el arte, hoy día lo está

La distinción entre auténticas realidades y simulaciones es una anfisbena. Y también lo son las distinciones entre existencia y virtualidad, entre lo natural y lo artificial, y entre valor intrínseco y valor instrumental. Es más, todas estas anfisbenas suelen aparecer enredadas, formando un tremendo “revoltijo”. Vemos multitud de cabezas. Y nos imaginamos las colas correlativas a esas cabezas. Pero esas colas no existen. Si deshacemos el ovillo, comprobaremos que al otro lado de cada cabeza vuelve a haber una nueva cabeza provocadora y amenazante. Todas las anfisbenas son peligrosas. Otro de los objetivos de este trabajo es describir varias posibles estrategias para enfrentarnos a ellas.

haciendo la tecnología. Y digo la magia, la religión o el arte, y no digo la ciencia, porque la ciencia nunca ha conseguido realmente llegar al corazón del “gran público”. En cierto sentido, la ciencia nunca ha sido un fenómeno social. La ciencia tan sólo ha llegado a cautivar realmente a pequeños grupos. Con la tecnología, en cambio, es muy diferente. Todo ha sido muy diferente. La tecnología sí ha llegado a convertirse en un fenómeno social.

La segunda razón no es menos importante. La tecnología, mejor dicho, los discursos asociados a la tecnología, han resultado ser un estuendo caldo de cultivo para las anfisbenas conceptuales porque todo va muy rápido, cada vez más rápido, con la actual tecnología. Como ya dije, la piel de las anfisbenas está hecha de palabras. Pues en los discursos que acompañan al actual desarrollo tecnológico, muchas de nuestras viejas ideas se recubren de nuevas palabras. Y, también, claro, surgen algunas nuevas ideas. O se modifican ideas previamente existentes. Pero lo crucial es que a las anfisbenas conceptuales les atraen los lugares culturales donde abundan las palabras. ¡Se vuelven

locas con los movimientos de palabras! Así pueden cambiar de piel y renovarse. Recuperar fuerzas. ¡Y anudarse con otras anfibenas!

Las cuatro anfibenas conceptuales que quiero analizar son las siguientes:

1. La distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas
2. La distinción entre existencia real y existencia virtual
3. La distinción entre lo natural y lo artificial
4. La distinción entre valor intrínseco y valor instrumental

Defenderé que la primera anfibena no es más que la milenaria anfibena formada por la distinción entre realidad y apariencia. Es esa vieja anfibena arropada con nuevas palabras. Y también defenderé que la segunda anfibena, la distinción entre existencia real y existencia virtual, es por sí misma muy diferente de la primera. Y que con nuevos lenguajes vuelve a hablarnos de la eterna lucha entre lo actual y lo posible. Algo semejante ocurre con la tercera anfibena, la distinción entre lo natural y lo artificial. En el fondo, creo que sólo podremos entenderla desde la distinción entre las cosas que hacemos y las cosas que simplemente pasan (o nos pasan).

La tecnología da nueva vitalidad a problemas filosóficos muy viejos. Bajo nuevos ropajes, con nuevas palabras. Varias anfibenas filosóficas muy viejas y peligrosas han cambiado de piel con ayuda de la tecnología. Y crecen actualmente a nuestro lado. Están engordando. Haciéndose más y más fuertes. Con la cuarta anfibena, sin embargo, pasaría algo diferente. No ha cambiado mucho de piel. Valor intrínseco frente a valor instrumental. Con estas mismas palabras, es una distinción tan reconocible hoy como ayer. De hecho, los valores cambian bastante poco. Pero incluso aquí hay también algo nuevo. Silenciosamente, esta cuarta anfibena se ha mezclado con las otras de formas

intrincadas. Sin que nos demos cuenta, se ha ido camuflando y confundiendo con las demás.

Sí, algunas de las más viejas anfibenas han cambiado de piel. Otras siguen con la misma piel de siempre, pero se han mezclado con las anteriores formando un tremendo lío. Y es necesario hacerles frente. Al menos, es urgente identificarlas. ¡Saber que existen y que están a nuestro lado!

Desde luego, la distinción entre realidad y apariencia es muy vieja. La filosofía y la propia ciencia comenzaron con esa distinción. Y también son muy viejas las siguientes dos distinciones. La distinción entre lo actual y lo posible tal vez sea la distinción aristotélica más importante. Y la distinción entre lo que hacemos y lo que pasa, lo que simplemente ocurre, se sitúa en el mismo centro de nuestro ser personas (sujetos epistémicos, agentes morales, ciudadanos, etc.). La última distinción, valor intrínseco frente a valor instrumental, no ha cambiado mucho con la tecnología. Hablamos de ella en los mismos términos que antaño. Se trata de una distinción no menos crucial que las otras. Es la distinción más básica que hacemos en relación a las cosas que valoramos. Pero lo realmente llamativo de esta cuarta anfibena es cómo se ha mezclado con las otras tres. Sólo las auténticas realidades, las existencias actuales y lo natural parecen poder llegar a tener un valor intrínseco. Las realidades meramente simuladas, las existencias simplemente virtuales y todo lo artificial sólo parecen poder llegar a tener, como mucho, un valor instrumental.

La cuarta anfibena tiene que ver con los "valores". La tercera anfibena tiene que ver con nuestra "acción". Y mientras que la segunda anfibena tiene un marcado carácter "ontológico", la primera es de un tipo puramente "epistemológico". La distinción entre lo actual y lo posible, o entre existencias reales y existencias virtuales, es una distinción acerca de cómo son las cosas. En cambio, la distinción entre realidad y apariencia, o entre auténticas realidades

y realidades simuladas, es una distinción relativa al conocimiento que podemos tener de ellas.

Valores, acción, ontología y epistemología. No podemos confundir ninguno de estos ámbitos. Por ello es tan importante comenzar separando correctamente nuestras cuatro anfisbenas. Y todas ellas se esconden en casi cualquier discurso sobre la tecnología. Resulta muy evidente en el caso de lo simulado y lo virtual, y sus opuestos, las auténticas realidades y las existencias reales. Pero a poco que busquemos, encontraremos también mezclados todos estos conceptos con la distinción entre lo natural y lo artificial. Y acabarán también asomando las cabezas de lo que sólo puede tener un valor

instrumental frente a lo que acaso merezca tener un valor intrínseco.

A continuación, analizaremos algunos detalles de estas cuatro anfisbenas conceptuales. Y sugeriremos cuatro estrategias generales para hacerles frente. Todas entrañan riesgos. Enfrentarse a una anfisbena siempre es peligroso. Pero todas ellas representan también oportunidades nuevas. No hay riesgo que no esconda oportunidades. Y no hay, tampoco, oportunidad sin riesgo. Por supuesto, también se puede huir de una anfisbena. O autoengañarse y pretender ignorar lo que tenemos delante. Pero esto sí que es peligroso. Sin duda, las anfisbenas atacarán por detrás. Aunque no podamos enfrentarnos a ellas, nunca debemos darles la espalda.

## 2. Auténticas realidades y realidades simuladas

Cada uno de los polos de esta distinción nos seduce. Y nos invita a pensar que al otro lado las cosas serán de un determinado modo. Pero al otro lado siempre nos encontramos con sorpresas. Al otro lado las cosas nunca son como se nos ha hecho imaginar. Pensar en la noción de auténticas realidades sugiere que lo que no sea una auténtica realidad sólo puede ser una distorsión, un engaño. Toda simulación implicaría una distorsión. Sin embargo, representar algo es una manera de simularlo. Y no podemos decir que toda representación sea inevitablemente una distorsión. No, al menos, en el sentido de que sea un engaño. Algunas representaciones pretenden ser algo más que un engaño. Algunas representaciones intentan ser representaciones fieles. Simplemente, hay buenas y malas representaciones.

Pero vayamos ahora al otro extremo de la distinción. Pensar en la noción de realidades simuladas sugiere que lo que no sea una realidad simulada no puede mezclarse de ninguna forma con las simulaciones. Las auténticas realidades deberían ser puramente auténticas

realidades. Nada más. Sin embargo, en tal caso, ¿cómo podríamos hacernos una idea de ellas? No podemos siquiera pensar en ninguna auténtica realidad si no es a través de algún tipo de representación, de simulación.

En el fondo, la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas no es más que la vieja distinción entre realidad y apariencia. Y es, por tanto, una distinción epistemológica, no ontológica. Es una distinción que se hace dentro de las cosas que pretendemos conocer, no en la realidad misma. Necesita un punto de vista subjetivo, una perspectiva desde la cual pongamos de un lado lo que realmente sea algo y, de otro, cómo a nosotros nos puede llegar a parecer que es. Sin ese punto de vista subjetivo, la distinción no existe. No existe en absoluto.

Las últimas afirmaciones son decisivas. La distinción entre autenticidad y simulación requiere un punto de vista subjetivo. Las simulaciones son siempre simulaciones para alguien, simulaciones para un sujeto. Las simulaciones son cosas sobre las que un sujeto puede llegar a estar en lo cierto. O confundirse, tomándolas

como auténticas realidades. Sin ese punto de vista subjetivo, carece completamente de sentido distinguir entre lo auténtico y lo simulado.

Reconocer esto tiene implicaciones de peso. Si la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas no es ontológica sino epistemológica, y si no es más, en el fondo, que la distinción entre realidad y apariencia, entonces se sigue muy directamente una importante consecuencia. Debemos aprender a convivir con el hecho de que todos nuestros esfuerzos por distinguir realidad y apariencia son siempre, y serán siempre, muy tentativos y provisionales. ¡Todos nuestros esfuerzos! No hay argumentos últimos contra las posibilidades escépticas. Así es como estamos hechos. Debemos estar siempre vigilantes, pero esa es ¡nuestra única forma de vida!

El que la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas no sea ontológica sino epistemológica tiene importantes

consecuencias concretas. Algunos autores contemporáneos se empeñan en que esta distinción sí tiene un carácter ontológico. Seguramente, John Searle sea uno de los que más han insistido en esto. Y lo ha utilizado numerosas veces en contra de las ambiciones de la Inteligencia Artificial y, también, en contra de la mayoría de los enfoques computacionales de la mente. Para Searle, una cosa es simular mentes y otra, ontológicamente muy distinta, tener una auténtica mente. Pues bien, Searle se equivoca. La distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas no está en las cosas mismas. La distinción entre “meramente simular mentes” y “duplicar mentes” no es una distinción ontológica. Es una distinción epistemológica. Es una distinción que tan sólo está en nuestra “mirada”. Y es inevitable que esté en ella. No podemos mirar (ni conceptualizar, ni tener creencias, ni proponer hipótesis, ni elaborar teorías, etc.) sin intentar distinguir entre lo auténtico y lo simulado.

### 3. La distinción entre existencia real y existencia virtual

Existencia real y existencia virtual se oponen. Pero el contraste vuelve a ser muy engañoso. Estamos ante nuestra segunda anfisbena. La noción de existencia real nos hace pensar en la existencia virtual como en algo irreal, incluso infra-real. Y, a su vez, la noción de existencia virtual nos hace pensar que el otro polo de la distinción, la existencia real, no puede tener mezcla alguna con lo virtual.

Pero lo virtual no es irreal ni infra-real. Lo virtual tiene causas y produce efectos. Y nada que tenga causas y efectos puede ser simplemente irreal o infra-real. Por otro lado, es difícil no aceptar que lo realmente existente carezca por completo de virtualidad. No es así como experimentamos el mundo. El mundo que experimentamos es un mundo en el que lo realmente

existente está en constante lucha con lo que existe virtualmente.

Esa lucha entre la existencia real y la existencia virtual es la eterna lucha entre lo actual y lo posible. La distinción entre lo realmente existente y lo virtual es ontológica. Lo que está en juego no tiene ya que ver necesariamente con nuestro conocimiento. Lo realmente existente y lo virtual son dos modos distintos de ser. Bajo su piel, debajo de palabras como “virtual”, esta anfisbena esconde la oposición entre lo actual y lo posible. Lo actual es lo que realmente existe. Lo posible es lo que, aún siendo, puede llegar a no ser y lo que, no siendo, puede llegar a ser.

Dijimos que la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas era una distinción puramente epistemológica. Que detrás de

ella se escondía la clásica distinción epistemológica entre apariencia y realidad. Y que ésta última, y muy vieja, distinción nos constituye. No es eliminable. Pretender eliminarla es pretender eliminarnos a nosotros mismos como sujetos epistémicos. Para defendernos ahora de nuestra segunda anfisbena, para no caer en la ilusión de que lo virtual es simplemente irreal, o infra-real, ni tampoco en la ilusión de que lo realmente existente no puede contener en absoluto nada virtual, debe seguirse otra estrategia diferente. Debemos conseguir que la eterna lucha entre lo actual y lo posible juegue a nuestro favor. Debemos hacer que las dos cabezas de esta otra, también muy vieja, anfisbena desafíen a la distinción entre lo realmente existente y lo existente virtualmente.

Debemos aprender a ver en lo actual lo posible y en lo posible lo actual. Debemos experimentar y pensar en la existencia real como esencialmente constituida por un sinfín de abanicos que despliegan virtualidades, y a estas existencias virtuales como dependientes a su vez de las múltiples existencias reales.

No hay existencia real sin existencia virtual. Como no hay actualidad sin posibilidad. No al menos la actualidad en la que estamos acostumbrados a vivir. Si sólo fuera posible lo actual, entonces lo actual sería necesario. Sería necesariamente como es. Pero tampoco hay existencia virtual sin existencia real. Como no hay posibilidad sin actualidad, sin algún tipo de actualidad. La existencia real pone los límites de la existencia virtual. Una posibilidad sin ninguna actualidad es, simplemente, imposible. No podemos siquiera entender qué podría llegar a significar una cosa así.

La distinción existencia real/ existencia virtual no es exactamente la misma que la distinción entre lo actual y lo posible. Serían dos anfisbenas diferentes. Y son diferentes porque la distinción entre realidades auténticas y realidades simuladas está muchas veces tan enroscada en la distinción entre existencia real y existencia virtual que nos resulta imposible separarlas.

Y se nos complican las cosas. Lo virtual atrae, como un imán, a lo simulado y a lo artificial. Ya hemos dicho que a las anfisbenas les gusta formar ovillos. Y que los discursos sobre la tecnología favorecen además esto.

Pero la dinámica conceptual de la distinción entre lo real y lo virtual es muy semejante a la dinámica que existe entre lo actual y lo posible. Tenemos dos contrastes. Y los primeros polos de esos contrastes (lo real y lo actual) nos fuerzan a imaginarnos los otros extremos (lo virtual y lo posible) como completamente irreales, como no pudiendo existir de ningún modo. Con gran facilidad hablamos, por ejemplo, de lo “meramente” virtual, o de lo que es “tan sólo” posible. A su vez, estos últimos extremos (lo virtual y lo posible) nos fuerzan a pensar en los primeros polos (lo real y lo actual) como en algo que sólo puede existir en estado puro, no mezclándose para nada con ellos. Sin embargo, en cuanto miramos las cosas más de cerca, descubrimos que nada de esto es así. De una parte, lo virtual y lo posible también son reales. Surgen de lo que realmente existe y tienen múltiples efectos en eso que de hecho existe. De otra parte, lo real y lo actual no serían nada sin los abanicos de posibilidades que abren y cierran a su paso.

La distinción entre existencia real y existencia virtual es una anfisbena de la que resulta a veces muy difícil separar la anfisbena epistemológica en la que se distingue realidad y apariencia. En cualquier caso, debemos atraer hacia ella otra anfisbena netamente ontológica, la distinción entre lo actual y lo posible. Y debemos hacer que sus cabezas luchen. De esa lucha aprenderemos a calibrar riesgos y oportunidades.

Cuando la distinción entre existencia real y existencia virtual es vista desde el contraste entre lo actual y lo posible, descubrimos muchas cosas. Sobre todo, descubrimos riesgos y oportunidades. Y hacemos esto no sólo en el ámbito de las recientes tecnologías informáticas. La humanidad lo ha estado haciendo a lo largo

de toda su historia. Lo ha estado haciendo a través de los mitos y leyendas, del teatro y la literatura, los sueños y las pesadillas, la construcción de utopías, el cine y la televisión.

Importa lo virtual por su conexión con lo que realmente existe. Lo virtual es un horizonte de referencia. Un horizonte que a veces es ilusionante, y otras veces terrible. Y nos importa lo realmente existente por las virtualidades que encierra. Nos importa lo realmente existente porque es de cierta forma y no de otras formas posibles, porque puede ser de cierto modo y no de otros modos posibles. Y esto es así ¡con independencia de los problemas epistemológicos que nos podamos llegar a plantear acerca de cómo distinguir realidad y apariencia!

En términos de la distinción entre lo actual y lo posible, las anteriores relaciones se pueden expresar aún más claramente. Importa lo posible por su conexión con lo actual. Y nos importa lo actual por las posibilidades que encierra. Sin posibilidades, lo actual no nos dice nada. Es mudo.

¿En qué sentido lo virtual crea nuevas realidades? Esto es algo que se oye decir muchas veces: realidades virtuales, ciberespacio, comunidades virtuales, economía virtual, terceros entornos, etc. Nuestro enfoque permite dar un claro sentido a todo esto.

Lo virtual crea nuevas realidades aumentando el conjunto de posibilidades accesibles. Lo virtual sugiere nuevas realidades en el sentido de que 1) determinados medios técnicos son capaces de crear (y recrear) nuevas posibilidades, y 2) dichas posibilidades pueden llegar a orientar, presionar y encauzar los caminos de lo realmente existente de formas también muy novedosas.

Lo virtual es un conjunto de posibilidades. Lo virtual es posibilidad. En cualquier caso, debemos diferenciar lo simulado, lo virtual y lo artificial. Muchos autores actuales no lo hacen. Resulta, por ejemplo, sumamente frecuente asociar lo virtual con algo que sólo existe como representación. Una realidad virtual sería una realidad representada. Y también es sumamente frecuente que, desde esta perspectiva, lo virtual se vincule estrechamente con ciertas formas peculiares de representación actualmente muy de moda, formas de representación basadas en tecnologías informáticas y telemáticas. Las realidades virtuales serían algo así como realidades representadas por medios informáticos y telemáticos (y por lo general, tan sólo existentes en esos medios representacionales). Sin embargo, el resultado de estas asimilaciones es muy confuso. La noción de representación ya tiene por sí misma bastantes problemas como para que, encima, recaiga sobre ella el peso de explicar qué es lo virtual. Además, cosas como la literatura, los sueños, la imaginación o las drogas siempre nos han colocado ante infinitos mundos virtuales. Creo que lo más adecuado es intentar separar los problemas. Diferenciar el contraste (ontológico) entre existencia real y existencia virtual del contraste (epistemológico) entre auténticas realidades y realidades simuladas. Y diferenciarlo también del contraste (agentivo) entre lo natural y lo artificial. Los aspectos representacionales de lo virtual se derivan de su conexión con lo simulado. Y los aspectos más tecnológicos y futuristas de lo virtual se derivan de su conexión con lo artificial. Con lo que sí tiene siempre que ver lo virtual es con lo posible.

## 4. La distinción entre lo natural y lo artificial

Otra anfibena más. La distinción entre lo natural y lo artificial. Muy a menudo, también esta anfibena se encuentra entrelazada con nuestras dos anfibenas anteriores (auténticas realidades/realidades simuladas y existencia real/existencia virtual). Y lo primero que debemos hacer es identificarla correctamente.

Pero aún si la aislamos con cuidado, diferenciando sobre todo lo artificial de lo virtual y de lo simulado, esta anfibena mantendrá un gran poder de seducción. La distinción entre lo natural y lo artificial parece sumamente profunda y tajante. Parece llegar a todos los niveles de la realidad y, además, hacerlo de manera radicalmente dicotómica. Cualquier cosa parece tener que ser o bien natural, o bien artificial. Sin embargo, ninguno de esos extremos existe de la manera como nos hace pensar el otro extremo.

Realmente, la distinción entre lo natural y lo artificial no es ni profunda ni tajante. Es una distinción muy superficial y borrosa. Tan superficial y borrosa como la distinción entre cosas que hacemos y cosas que pasan (y que a veces nos pasan). Y esto es así tanto en el lado de lo artificial como en el lado de lo natural.

En el fondo de nuestra tercera anfibena se esconde esa otra distinción entre cosas que hacemos, cosas que son el resultado de nuestras acciones, y cosas que pasan, cosas que simplemente ocurren (y que a veces nos ocurren a nosotros, que pasan “en” nosotros). Y la manera más adecuada de enfrentarnos a los problemas que origina la distinción entre lo natural y lo artificial es dejar que estos dos extremos, las cosas que hacemos y lo que simplemente pasa (o nos pasa), luchen entre sí.

Lo artificial resulta ser algo tan superficial y borroso como nuestras acciones. Como las acciones, lo artificial es un fenómeno de superficie. Desaparece desde el punto de vista profundo que sobre la realidad nos ofrecen nuestras ciencias más básicas. Desde el punto de

vista de la Física no hay acciones. Y como fenómenos de superficie, tanto las acciones como lo artificial resultan ser también algo muy borroso.

Lo artificial lo hacemos nosotros. Lo natural simplemente ocurre. Lo artificial resulta ser algo tan superficial y borroso como nuestras acciones. Pero, ¿no resulta paradójico que lo artificial sea lo que nosotros hacemos y que, a la vez, presente a menudo un carácter tan autónomo, en ocasiones enteramente semejante al de lo natural? Muchas veces, lo artificial parece tener una “vida propia”. Exactamente igual que lo natural. Sin embargo, no habría aquí ninguna paradoja. Lo artificial puede llegar a confundirse con lo natural. Hay que aceptar esto. Su apariencia puede ser la misma. Pero hay más. También hay que tener en cuenta las dos primeras anfibenas que se entremezclan con esta tercera. Y hay que saber distinguir realidad de apariencia, y lo actual de lo posible.

Por supuesto, nunca las distinciones que hagamos entre lo real y lo aparente serán concluyentes. Y lo actual y lo posible estarán uniéndose y separándose eternamente. Pero la autonomía que apreciamos en lo artificial puede ser una mera apariencia. Y también puede ser más algo posible que algo actual.

La peculiar manera de entender la distinción entre lo natural y lo artificial que hemos propuesto tendría otra importante consecuencia. Nos permitiría rechazar ciertas tesis constructivistas radicales. Los mismos argumentos que nos permiten rechazar la noción de una autonomía absoluta para lo natural serían también aplicables a un constructivismo radical que afirmara la tesis de que lo natural no es más que una construcción social.

Tal constructivismo social no sería verdadero a un nivel superficial. No sería verdadero al nivel donde se sitúan todas nuestras ciencias especiales, las disciplinas técnicas o el conocimiento y la acción ordinarias. En este nivel, somos capaces de distinguir lo natural de lo artificial, de hecho,

discutimos casos muy concretos en los cuales se hace tal distinción. Incluso más allá de los casos prototípicos de naturalidad y de artificialidad, la distinción entre lo natural y lo artificial también puede ser muy objetiva en un sentido epistemológico. Es más, la necesidad de hacer uso de cierto “principio de precaución” en nuestras atribuciones de artificialidad, en nuestras distinciones entre lo natural y lo artificial, mostraría que existen importantes límites al constructivismo social en el nivel superficial, o al menos importantes límites a versiones radicales del mismo.

Ahora bien, ¿podría el constructivismo social ser una posición defendible en niveles más profundos de la realidad? ¿Podría argumentarse que construimos lo natural de una manera inconsciente, trascendental, constitutiva, etc.? La respuesta sería de nuevo negativa. El constructivismo social sólo podría ser una posición defendible en niveles más profundos si la distinción entre lo natural y lo artificial pudiera tener, ella misma, un sentido profundo y tajante. Pero no es así. Justamente porque esta última distinción no tiene ningún sentido profundo ni tajante, el constructivismo social tampoco es defendible a niveles más profundos de la realidad.

El constructivismo social presupone una distinción metafísica profunda y tajante entre lo natural y lo artificial. El constructivismo social mantendría que el tipo de propiedades que podrían definir la autonomía de lo natural,

propiedades como por ejemplo la capacidad de auto-regulación de la naturaleza, o cualquier otra clase de propiedades que se quieran postular, son realmente rasgos dependientes de nosotros, rasgos dependientes de nuestros intereses, valores, objetivos, descripciones, esquemas conceptuales, etc., en un sentido completamente diferente del sentido en el que las cosas pueden ser dependientes de nosotros en niveles más superficiales. Tal dependencia debe ser muy profunda, al menos en el sentido de estar muy escondida, y debe ser muy tajantemente distinguida de otros tipos de dependencia. Ha de serlo porque a niveles más superficiales simplemente no es verdad que esos rasgos sean dependientes de nosotros en el sentido de ser rasgos epistemológicamente subjetivos.

Ahora bien, si se rechaza, como nosotros hemos hecho, que la propia distinción entre lo natural y lo artificial, entre las cosas que simplemente pasan (o nos pasan) y las cosas que hacemos, pueda tener un sentido profundo y tajante, entonces se socavará la posibilidad de mantener cualquier tipo de constructivismo social. En otras palabras, veremos que el constructivismo social siempre es siempre parásito de nuestros sueños metafísicos.

Ciertamente, la distinción entre las cosas que hacemos y las cosas que pasan (o que nos pasan) es muy importante. Pero es muy importante porque es muy superficial.

## 5. La distinción entre valor intrínseco y valor instrumental

La primera anfibena, la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas, tenía un carácter epistemológico. La segunda anfibena, la distinción entre lo realmente existente y lo existente virtualmente, era de un tipo netamente ontológico. La tercera anfibena, la distinción entre lo natural y lo artificial, tenía que ver con nuestras acciones y con nuestra condición de

agentes. La cuarta anfibena que vamos a analizar a continuación tiene que ver directamente con los valores.

Nuestra última anfibena es la distinción entre valor intrínseco y valor instrumental. Cada uno de estos extremos nos hace pensar en el otro extremo de un modo inadecuado. Y de ahí que esta distinción también resulte ser una anfibena.

Por un lado, la noción de valor instrumental nos hace pensar en los valores intrínsecos como en fines que se valoran por sí mismos. Y además como en algo mucho más escaso que los medios o instrumentos que conducen a ellos. Por otro lado, la noción de valor intrínseco nos hace pensar en el valor instrumental como en un valor de segunda clase, en un valor que en realidad carece de valor. Carecería de valor, o se devaluaría su valor, al depender de otras cosas aparte de aquello a lo que se adscribe el valor.

Hay, pues, varias formas en las que esta anfisbena nos engaña. Uno de sus engaños más graves consiste en la manera como nos hace pensar en el valor intrínseco. Lo intrínseco no se entiende más que como fin. Se nos fuerza a pensar siempre en términos de fines. Como si ninguna otra cosa aparte de los fines pudiera llegar a tener un valor intrínseco. Otro engaño, vinculado al anterior, es la invitación a pensar en los valores instrumentales como abundando mucho más que los intrínsecos. Los fines valiosos por sí mismos, los valores intrínsecos, parece que deberían ser muy pocos. Acaso, tan sólo uno. Un fin realmente último (puede que Dios, la propia humanidad, o algo así). Los valores instrumentales, en claro contraste, parecen poder proliferar sin límite. Y aún hay otro grave engaño. Un tercer engaño. Si miramos el campo de los valores desde el punto de vista del valor intrínseco, se entienda como se entienda, los valores instrumentales nos parecerán siempre valores de segunda clase, valores con menos valor, valores "devaluados".

Algunas cosas las valoramos tan sólo instrumentalmente. Lo cual nos sugiere que en el otro extremo tal vez existan valores intrínsecos, cosas que deberíamos valorar por sí mismas. No todo puede ser valorado instrumentalmente, solemos decir. Y al revés sucede lo mismo. Cuando valoramos algo por sí mismo (y a veces esto sucede en nuestras evaluaciones, ¡sucede mucho más a menudo de lo que a primera vista pueda parecer!), nos sentimos fuertemente presionados por la

idea de que todo lo que conduzca a la realización de ese valor lo valoramos tan sólo en un sentido instrumental. Sin embargo, cuando miramos más de cerca este juego de contrastes, descubrimos que ni acabamos de encontrarnos satisfechos con las justificaciones que podemos ofrecer para valorar por sí mismo lo que valoramos por sí mismo ni, tampoco, nuestras valoraciones instrumentales son casi nunca puramente instrumentales. Y aquí es donde las dos cabezas de esta anfisbena nos llevan al error. Nos confunden y desorientan.

La noción de valor intrínseco no puede identificarse con la noción de fines últimos valiosos. Creo que éste es el origen de la mayoría de los problemas en este campo. La explicación de lo que hacemos cuando valoramos algo como teniendo un valor intrínseco debería buscarse en algún lugar distinto de lo instrumental, ciertamente. Pero también en algún lugar distinto del lugar supuestamente ocupado por los fines últimos.

Lo instrumental tampoco es tan abundante. Ni lo intrínseco tan escaso. Lo que valoramos como teniendo un valor intrínseco está muy presente en nuestras vidas. Más de lo que pensamos. Desde luego, más de lo que nos hace pensar esta cuarta anfisbena. Incluso algunos valores instrumentales podrían tener también cierto valor intrínseco. ¿Por qué no? Una cosa es el valor de algo y otra cosa, distinta, el valor de algo como instrumento. Son dos valores diferentes. Y el valor de algo como instrumento, como buen o mal instrumento, podría ser acaso un valor intrínseco.

A esta anfisbena hay que cogerla por sorpresa. Y por la mitad. Lo que ocurre es que la mitad por la que podemos cogerla no es exactamente la mitad que ella misma nos sugiere. Y aquí es donde debemos extremar las precauciones. No podemos, por ejemplo, empeñarnos en buscar algo que esté entre los valores meramente instrumentales y ciertos fines últimos que podamos llegar a valorar intrínsecamente. No existe nada con esas características. Es un

espejismo. Es un espejismo creado por la distinción entre valor instrumental y valor intrínseco.

Lo que debemos buscar es una fuente plausible de un valor no meramente instrumental, sin preocuparnos obsesivamente por circunscribir nuestra búsqueda al reino de los fines. Sólo de esta forma podremos coger desprevenida a nuestra anfisbena. Sólo así la cogeremos por sorpresa. Y justamente por la mitad.

He aquí una propuesta. Somos sensibles a un valor intrínseco cuando 1) podemos imaginar ciertas posibilidades, y 2) adoptamos por defecto, al no darse ningún otro factor que limite nuestros compromisos, cierto compromiso positivo al imaginarlas.

Nuestra imaginación dispara nuestra apreciación del valor intrínseco. Y de manera muy natural, por defecto, nos comprometemos positivamente con lo que imaginamos que “podría” ser valorado (por otros sujetos en las mismas circunstancias, o por nosotros mismos en otras circunstancias). Nuestra sensibilidad al valor intrínseco funciona “por defecto”. Pero es una sensibilidad al valor intrínseco. Lo que se valora de esa forma se valora de manera no condicional. Las condiciones afectan a nuestros compromisos, acaso también a nuestras capacidades imaginativas, pero no afectan al contenido de nuestras valoraciones. Aunque nuestras valoraciones puedan cambiar, como de hecho lo hacen, valoramos muchas cosas por sí mismas. Cosas que no sólo atañen a nuestros fines.

Creo que en último término, ésta es la (doble) fuente última de todo valor intrínseco. Imaginación y compromiso. La imaginación y el compromiso serían dos factores completamente naturales. La imaginación es algo muy cercano a la percepción. Es como una percepción interior. Y el compromiso es una actitud psicológica. Es una actitud psicológica tremendamente humana. Y si la mente es algo natural, la imaginación y el compromiso también han de serlo.

Pensemos, por ejemplo, en la música. Y no sólo en la música que nos agrada. Pensemos también en esa música que no nos agrada

demasiado pero que valoramos porque somos sensibles al hecho de que puede gustarle a otras personas. Y gustarles mucho. El valor que apreciamos en la música no es un valor simplemente instrumental. Ni tampoco es el valor de un fin último. No se entiende muy bien cómo podría ser algo como la música un fin último. El valor que apreciamos en la música, en la música en general, es otra cosa. Somos sensibles a tal valor a través de dos factores: 1) nos imaginamos que la música en cuestión puede ser apreciada por otros sujetos, y 2) eso nos compromete a adoptar respecto de la música, tanto de la que nos agrada como de la que no nos agrada tanto, ciertas actitudes positivas.

Los dos componentes esenciales de la sensibilidad al valor intrínseco de las cosas son la imaginación y el compromiso. Sin alguno de estos dos componentes, seremos tuertos. Perderemos perspectiva, campo y relieve. Sin los dos, seremos completamente ciegos al valor. Imaginar que algo podría ser valorado (por algún sujeto, en alguna circunstancia). Y comprometernos a valorarlo positivamente en esa medida, cuando no concurren otros factores que limiten nuestra actitud de compromiso. En esto consiste la apreciación del valor intrínseco.

Existiría una conexión inmediata con otra de las anfisbenas de las que hemos hablado. La capacidad de imaginar que algo pueda ser valorado por otros sujetos (o acaso por nosotros mismos en otros tiempos y lugares) se ve, sin duda, potenciada por la creación de “mundos virtuales”. Y en consecuencia, la tensión entre lo actual y lo posible que nos servía para enfrentarnos a la segunda anfisbena sería aquí de gran ayuda.

Además, allí donde lo simulado y lo artificial se mezclen con lo virtual, tendremos también involucrada a la primera anfisbena y a la tercera. La cuarta anfisbena, la distinción entre valor instrumental y valor intrínseco, se ha entremezclado muy intensamente con todas las demás. Y de formas muy complejas. Algunas

posibilidades de valor intrínseco tal vez sólo se descubran precisamente a través de ciertas “simulaciones virtuales por medios artificiales”. Y es muy importante tener en cuenta esto.

Lo simulado, lo virtual y lo artificial estimulan nuestra imaginación. Crean algo así como una

especie de “efectos especiales”. Efectos especiales de tipo epistemológico, de tipo ontológico y también de tipo, cabe decir, agentivo. Y con ello, nuestro mundo se llena indudablemente de nuevos riesgos. Pero también han aumentado las oportunidades.

## 6. Estrategias, riesgos y oportunidades

Hemos analizado cuatro anfibenas conceptuales vinculadas a la tecnología. Y les hemos hecho frente. Las cuatro son tremendamente importantes. Y están íntimamente relacionadas. Se entremezclan formando un ovillo. Son peligrosas y entrañan abundantes riesgos. Pero también se nos abren nuevas oportunidades.

Nuestras cuatro anfibenas se encuentran muy mezcladas, formando un gran ovillo. Pero es preciso no dejarse engañar. Y saber distinguir las adecuadamente. La primera anfibena (la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas) tiene un carácter epistemológico. Y se identifica con la vieja distinción entre realidad y apariencia, otra anfibena sumamente conocida. Según veíamos, esta anfibena debía aceptarse tal cual. Parte de nuestra condición consiste en vivir peligrosamente a su lado. No podemos aspirar a deshacernos de esta anfibena. Lo único que podemos hacer es estar siempre alerta y vigilantes

La segunda anfibena (la distinción entre lo realmente existente y lo existente virtualmente) es netamente ontológica. Y otra no menos vieja distinción, la distinción aristotélica entre lo actual y lo posible, nos sirve de ayuda frente a ella. Cuando nos salga al paso la distinción entre lo realmente existente y lo existente virtualmente, deberemos colocarla siempre frente a la distinción entre lo actual y lo posible.

La tercera anfibena (la distinción entre lo natural y lo artificial) tiene que ver con nuestra acción. Podríamos decir que es una anfibena “agentiva”. En el fondo, nos remite a la

distinción entre las cosas que hacemos y las cosas que pasan (o que nos pasan). Y debemos intentar que los dos polos de esta distinción se enfrenten entre sí.

La cuarta anfibena (la distinción entre valor instrumental y valor intrínseco) nos hace entrar de lleno en el mundo de los valores. Para hacer frente a esta anfibena, debemos cogerla por sorpresa. Y debemos cogerla por la mitad en algún punto donde tengamos algo que no sean valores instrumentales ni, tampoco, los valores que pueden tener los fines últimos.

Así pues, hemos empleado cuatro diferentes estrategias para enfrentarnos a nuestras cuatro anfibenas. Han sido las siguientes:

1. Frente a la primera anfibena: aprender a convivir con ella.

Se trata de un enfrentamiento sin confrontación directa. Habrá veces en las que simplemente no sea posible hacer frente a una anfibena conceptual y debamos aprender a convivir con ella. Esto ocurre justamente con la distinción entre auténticas realidades y realidades simuladas (o, en otra terminología, con la distinción entre “duplicar algo” y “simularlo”).

Descubríamos que bajo esta distinción se escondía una de las anfibenas conceptuales más viejas de la filosofía: la distinción entre realidad y apariencia. Y no podemos hacer frente a esta última anfibena. Lo único que podemos hacer es reconocerla como tal, aprender a vivir con ella al lado y estar siempre precavidos.

Se debe reconocer a esta anfisbena. Pero no se debe intentar hacerle frente directamente. Simplemente, no podemos hacerle frente. Y esto significa que no podemos dar ninguna respuesta última al problema del escepticismo en su sentido más radical. La distinción entre realidad y apariencia nos constituye. Mejor dicho, lo que nos constituye es tener que trazar esa distinción sin poder nunca hacerlo de manera definitiva. Continuamente la estamos dibujando, borrando y dibujándola de nuevo.

En cualquier caso, lo que tampoco se puede hacer es dar la espalda a esta anfisbena. Las anfisbenas son muy traicioneras y en cuanto vean la ocasión nos atacarán. El mayor riesgo con esta estrategia consiste justamente en acostumbrarse a la presencia de la anfisbena y darle descuidadamente la espalda.

Creo que algo de esto es justamente lo que le ha pasado a Searle (en su insistencia por dar un sentido ontológico a la distinción entre “simular mentes” y “duplicarlas”), y lo que por cierto no le pasa a Dennett (aunque Dennett, por otra parte, sufra otras mordeduras al empeñarse en coger a esta anfisbena “por la mitad”).

2. Frente a la segunda anfisbena: provocar su enfrentamiento con otras anfisbenas.

Una anfisbena también puede luchar contra otra anfisbena. Y podemos hacer que cierta anfisbena luche a nuestro favor contra otra anfisbena. El objetivo será ponerla contra las cuerdas, debilitarla y hacer que deje de ser peligrosa.

Hemos empleado esta estrategia contra nuestra segunda anfisbena: la distinción entre lo realmente existente y lo existente virtualmente. Y hemos hecho que otra anfisbena muy antigua, la distinción entre lo actual y lo posible, se enfrente a ella.

Lo actual y lo posible están siempre en lucha. Se trata de una anfisbena sumamente agresiva y violenta. La eterna lucha entre lo actual y lo posible late en el interior de todas las cosas, aún de las más pequeñas y escondidas (por ejemplo,

dentro de los inquietantes objetos de la nanotecnología). Y nos hemos aprovechado de esa lucha para defendernos de la distinción entre lo realmente existente y lo virtual.

Tanto lo actual como lo posible son aspectos de lo real. Y en consecuencia, lo virtual no es sino un aspecto de la realidad, un contraste hecho desde dentro de lo real. Lo real incluye también sus posibilidades. Virtual no significa irreal o infra-real. Tampoco significa algo representado, o representado por medios informáticos y telemáticos. Lo virtual es lo posible. Y lo real que se opone a virtual es simplemente lo real no-virtual.

Pero al decidirnos por esta estrategia debemos tener muy en cuenta una cosa. Hay que saber muy bien qué anfisbenas podrían luchar con otras. El gran peligro de esta estrategia es que acabemos enfrentándonos no a una anfisbena, sino a dos.

3. Frente a la tercera anfisbena: hacer que sus dos cabezas se enfrenten entre sí.

También podemos intentar que las dos cabezas de una anfisbena se muerdan. Podemos hacer que las dos cabezas luchen entre sí, que cada extremo de la distinción ataque al otro extremo. Nos aprovecharíamos de la dinámica interna de las anfisbenas. Y la utilizaríamos en su contra.

Así hemos tratado la distinción entre lo natural y lo artificial, nuestra tercera anfisbena. A lo natural hemos enfrentado lo artificial, y a lo artificial lo natural. Esta distinción resultó ser de lo más superficial y borrosa. Tan superficial y borrosa como la distinción entre las cosas que pasan (o que nos pasan) y las cosas que hacemos.

La anfisbena no es una serpiente que pueda comerse a sí misma empezando a tragarse por la cola. Las anfisbenas no tienen cola. Y si una de las cabezas engulle por un momento a la otra, ésta segunda cabeza también podrá comenzar a devorar a la primera desde su interior (provocando seguramente el vómito).

De todas formas, siempre hay en esta estrategia cierto peligro de “autoaniquilación”, como con la serpiente que se muerde la cola. Y debemos tenerlo presente.

4. Frente a la cuarta anfibena: sorprenderla cogiéndola por la mitad.

Siempre podemos intentar atrapar a una anfibena cogiéndola por la mitad de su cuerpo. Así ha sido como hemos tratado a nuestra cuarta anfibena: la distinción entre valor intrínseco y valor instrumental.

Al utilizar esta estrategia, corremos el peligro de que nos muerda alguna de las cabezas, o incluso las dos. Y al intentar evitar este peligro, tenemos siempre el riesgo de fallar en nuestro intento de atrapar a la anfibena. La anfibena se nos puede escapar. Y podemos vernos simplemente con un poco de tierra entre los dedos. Como todo el mundo sabe, las anfibenas son muy escurridizas. Más incluso que las anguilas. Si esto ocurre, si al intentar atraparla nuestra anfibena se escapa, debemos dar rápidamente

un salto atrás. Debemos ponernos fuera de su alcance. Y volver a intentarlo. O ensayar otras estrategias diferentes.

Coger a una anfibena por la mitad requiere fijar nuestra atención en algo que no esté al alcance de ninguna de sus cabezas. La mitad que nos sugiere la propia anfibena no será nunca una mitad “segura”. Debemos desconfiar de esa mitad sugerida por la propia anfibena. Y debemos buscar la mitad adecuada.

La mitad de nuestra distinción entre el valor intrínseco y el valor instrumental ha sido un cierto valor que no era ni instrumental ni, tampoco, el valor incondicional de un fin último. Hemos encontrado valores de ese tipo. Valores incondicionales surgidos en nuestra actividad natural de valorar positivamente algo porque ello podría ser valorado positivamente por ciertos sujetos. Y hemos descubierto que realmente son muy abundantes las valoraciones de este tipo.

## 7. Conclusión

Hemos comenzado nuestro trabajo introduciendo la figura de las anfibenas conceptuales. Se trata de una categoría de análisis filosófico sumamente sugerente y apenas explorada. Nuestras anfibenas son contrastes conceptuales en los que cada uno de los polos del contraste nos hace imaginar erróneamente el otro polo. Como dijimos, las anfibenas conceptuales no son simples dicotomías, ni antinomias, ni paradojas, ni tensiones dialécticas a superar. Son simplemente eso: anfibenas. Desde siempre han poblado nuestros espacios conceptuales. Pero algunas de ellas han cambiado su piel y renovado sus energías gracias a los actuales discursos tecnológicos.

Nos hemos detenido a analizar varias de ellas, cuatro contrastes tremendamente importantes: auténticas realidades/realidades simuladas,

existencia real/existencia virtual, natural/artificial y valor intrínseco/valor instrumental. Hemos insistido en su diferente carácter. El primer contraste sería de tipo epistemológico, el segundo de tipo ontológico, el tercero sería de tipo agentivo y el cuarto tendría que ver con nuestros valores y normas. Hacer estas distinciones sería un primer paso necesario para poder enfrentarnos a esas cuatro anfibenas con alguna garantía de éxito.

Después de dar ese primer paso, hemos esbozado varias estrategias defensivas. A veces ha sido preciso reconocer que nuestras anfibenas realmente son muy viejas, que tan sólo han cambiado de piel. Otras veces hemos hecho que otras anfibenas jueguen a favor nuestro. Otras veces hemos intentado que las dos cabezas de nuestras anfibenas luchan

entre sí. Y también nos hemos decidido a sorprender y a coger por la mitad a alguna de ellas. Estas estrategias pueden ser empleadas contra cualquier anfibena. Por ello, merece la pena tenerlas siempre presentes. (Por ejemplo, también serían anfibenas conceptuales los contrastes establecidos habitualmente con los términos interno/externo, subjetivo/objetivo y micro/macro. Respecto a todos ellos, los análisis y estrategias que

acabamos de presentar tendrían interesantes aplicaciones.)

No he ofrecido argumentos detallados. Es cierto. Ni tampoco he contextualizado debidamente mis posiciones. Todo esto queda pendiente. Con todo, sí he querido mostrar que algunos problemas filosóficos importantes, en particular algunos problemas filosóficos importantes que tienen que ver con la tecnología, pueden verse desde otras perspectivas.